La lucha ideológica en la construcción socialista

Ricardo Piglia

1. División del trabajo y racionalidad de clase

La primera lección de la revolución cultural es que las relaciones burguesas no desaparecen automáticamente con la toma del poder por el proletariado y con la socialización de los medios de producción. En el socialismo, las clases y la lucha de clases siguen siendo el motor de la estructura social: veinte años después del triunfo de la revolución, China ha sido sacudida por una intensa batalla de masas que tuvo como escenario principal la superestructura, pero cuyo centro fue el problema del poder político. "La lucha de clases —había escrito Lenin— no desaparece bajo la dictadura del proletariado; lo único que hace es asumir formas nuevas". En este sentido, la revolución cultural no sólo iluminó la existencia de clases y de violentas contradicciones de clase, sino también la variedad de modos de expresión ideológica de esas clases. La desigualdad social que provoca la aparición de una élite privilegiada de funcionarios y técnicos no depende (únicamente) del elemento económico: la norma del reparto social de la riqueza y de las funciones sociales descansa, en última instancia, en factores ideológicos. De hecho se produce un desplazamiento: socializados los medios de producción, no existen burgueses en el sentido clásico y antes que a clases económicas, se trata de enfrentar ideas y posiciones de clase. Así, la lucha de clases toma fundamentalmente la forma de una lucha ideológica. En relación con esto, los chinos hablan de una lucha "entre dos líneas, dos caminos, dos clases". Por otra parte, esta lucha de ideas es siempre una lucha material: antes que nada por disputar los medios de reproducción de las relaciones capitalistas. No es casual que la revolución cultural haya comenzado en la universidad: lugar del saber tradicional, funciona como el espacio donde se cristaliza la división del trabajo, reproduciendo la oposición entre portadores del saber encargados de concebir y trabajadores, privados del conocimiento, encargados de ejecutar. La consigna: "unir los lugares de enseñanza y de producción", tendía a eliminar el mecanismo de formación de élites a través de la creación de una relación estrecha entre intelectuales y productores. De allí que el proceso de llevar los intelectuales al trabajo manual y las masas a la teoría intentara, sobre todo, romper la cristalización de las funciones heredadas de la división capitalista del trabajo a través de una rotación constante del lugar social, que buscaba destruir la oposición entre cultura y producción, entre vida material y vida "espiritual". De este modo, se enfrentaban las condiciones ideológicas de reproducción de las relaciones burguesas en el interior del régimen de dictadura del proletariado y a la vez se trataba de asegurar la dirección del proletariado en todos los terrenos de la sociedad.

"En todas las relaciones económicas, morales, intelectuales —había previsto Marx— la sociedad socialista lleva aún el estigma de la vieja sociedad"[1]. Las viejas relaciones capitalistas persisten y tienden a reproducirse asentadas en la división del trabajo: la contradicción entre trabajo manual y trabajo intelectual tiene como efecto fundamental la oposición entre funciones de dirección y funciones de ejecución; esta fractura es la base material sobre la que crece

y se desarrolla la línea política revisionista, que tiende a excluir a las masas de la dirección para sustituirla por una élite tecnocrática que parece "destinada" a dirigir. Hay un solo modo, según los dirigentes chinos, de consolidar la construcción socialista: es el de llamar a las masas a movilizarse y a ejercer directamente el poder de decisión y de gestión. En 1973 en toda China se debatía el problema de los reglamentos de fábrica. Este proceso continuaba y profundizaba una lucha llevada adelante durante la revolución cultural contra el director único y por la dirección obrera en las empresas[2]. Los directores no constituían una clase, pero su función reproducía una relación capitalista que daba lugar al poder de decisión de una minoría de funcionarios que coartaba la participación de las masas. En el caso de la discusión de los reglamentos, el problema adquiría un carácter más complejo, a la vez político, jurídico, económico e ideológico: se generalizó, entonces, una discusión de masas en todas las fábricas sobre cierto modo de legislar las relaciones de trabajo. Por un lado se admitía el carácter técnico, necesario, de ciertos reglamentos (que los chinos llamaban "racionales") y a la vez se definía como "irracionales" a los reglamentos relativos a la función de coerción y de disciplina, cuyo carácter social, de clase, se manifestaba en una falta de confianza en la iniciativa de las masas que tendía a reproducir y mantener relaciones jerárquicas y autoritarias. De este modo, siguiendo a Marx, los chinos diferencian entre normas de control y normas de represión. Mientras las normas de control constituyen la condición necesaria de cualquier organización productiva y es siempre posible discriminar su función técnica de su función social, las normas de represión tienen exclusivamente un significado de clase y su campo de validez está circunscripto a aquellas formas de cooperación capitalista definidas por la separación exclusiva entre funciones de ejecución y funciones de dirección. De hecho, los reglamentos "irracionales" estabilizaban la división social del trabajo en el interior de la fábrica, reproduciendo jurídicamente el papel pasivo del obrero. El código aparece definido como irracional y autoritario porque los obreros no participan en las decisiones que presiden el proceso de trabajo, reproduciéndose así la escisión entre potencias intelectuales y capacidad productiva. La racionalidad de la necesaria regulación social se convierte en una racionalidad de clase: afirmada en el fetiche de la técnica, no hace otra cosa que reglamentar la división entre trabajo manual y trabajo intelectual. En esta discusión los chinos definen, de hecho, las nuevas formas que la explotación puede adquirir en una sociedad socialista. En el análisis clásico de Marx, la plusvalía sirve de criterio selectivo para definir las relaciones sociales y marca su carácter de clase.

Para los chinos el problema se desplaza: la explotación se liga al poder de decisión de una minoría de tecnócratas y funcionarios. Oponerse a los reglamentos que limitan la participación de los obreros en la planificación y la dirección de la fábrica significa negarse a aceptar el papel de la técnica como autónomo y privilegiado, y comenzar en el lugar mismo de su consolidación la crítica a los tecnócratas que funcionan como los "nuevos patrones". En este proceso se criticaba, al mismo tiempo, a la línea ultraizquierdista de Lin Piao que planteaba la abolición sin excepción de todos los reglamentos, sin tener en cuenta la diferencia entre las exigencias técnicas del proceso de trabajo y su carácter social, y confundiendo anarquización de la producción con gestión obrera. La división técnica entre funciones de dirección y funciones de ejecución subsiste, pero la división social entre quienes están destinados a una u a otra función tiende a disolverse.[3]

En este sentido, la lucha contra los valores ideológicos asentados en

---

1 Digamos, por otro lado, que destruir las ideas y concepciones heredadas de la vieja sociedad no significa negar toda tradición histórica. Para los chinos, el proletariado debe hacer un uso de clase de esa herencia, criticar y apropiarse de la riqueza cultural del pasado. Un ejemplo de esto puede ser la política con los museos. Visitados por un promedio de 10.000 personas por día, en los museos históricos se exhiben las realizaciones artísticas de la elaboradísima cultura feudal china. Pero, a la vez, estos recintos sagrados del arte son convertidos en escuelas de educación artística donde se define una lectura de clase. En el museo de las trece tumbas, anexo a La Gran Muralla, en Pekín, se ven armas, ropa, vasijas, muebles de los señores feudales y de los campesinos. (En un costado vi dos monumentos funerarios: una bellísima pagoda de jade construida en memoria del hijo de un terrateniente y al lado una piedra caliza, gris, donde un campesino había escrito: "Aquí está muerta mi madre"). Por otro lado, en los muros se leen estadísticas con cifras sobre las condiciones de vida de las masas, datos sobre la explotación feudal y el sistema de trabajo, unidos a objetos —armas, escudos— y textos donde se da cuenta de las rebeliones populares de la época. Estos datos son el soporte material (hambre, miseria, explotación, muerte) sobre el que se construyó la cultura feudal; al presentarlos se crean las condiciones de una lectura materialista de la producción artística. Se produce de hecho un distanciamiento en el sentido brechtiano del término: el museo, lugar tradicional de la contemplación neutral y desinteresada, es invadido por la lucha de clases. Al exhibir la marca del trabajo y de la explotación se define un punto de vista de clase que reordena todo el espacio cultural. Se trata, como decimos, de una operación típicamente brechtiana: "Aquéllos que se sentado en sillas de oro para escribir / serán interrogados —había escrito Brecht en "La literatura será sometida a investigación"— por quienes le tejieron los vestidos. / Literaturas enteras / escritas en selectas expresiones / serán investigadas para encontrar indicios / de que también vivieron rebeldes donde había opresión".

2 Sobre este proceso puede consultarse el excelente libro de Charles Bettelheim: *Revolución cultural y organización industrile,* editorial siglo XXI, comentado por Horacio Ciafardini en este mismo número de *Los Libros.*

3 La experiencia de los llamados "grupos de triple integración" puede ser un ejemplo del uso de clase de la ciencia y de la técnica. Formados por cuadros políticos, obreros y técnicos, se ocupan de las innovaciones técnicas y la reproducción de los medios de producción en la fábrica. Los obreros, a partir de su experiencia práctica en la producción, participan en un pie de igualdad con los técnicos en la discusión de las mejoras y renovación de los instrumentos de producción. Este proceso tiene un doble objetivo: por un lado es uno de los elementos fundamentales en el desarrollo de las fuerzas productivas, los obreros intervienen masivamente con sugerencias y soluciones a los problemas técnicos surgidos durante la práctica del proceso de producción. De este modo, las innovaciones se generalizan, sin quedar circunscriptas a un pequeño grupo de "especialistas". Por otro lado se trata de un proceso de revolución ideológica por el cual las masas toman cada vez mayor confianza en su capacidad creadora, y destruyen el fetiche que hace de la ciencia y de la técnica un campo autónomo, privado, reservado a una élite.

la división del trabajo es de hecho una lucha política, una lucha por el poder y al mismo tiempo una lucha "económica". La definición de los reglamentos como "racionales" e "irracionales" marca una disputa sobre la racionalidad de clase en la construcción socialista: en el interior de este debate subyace la oposición entre una construcción basada en la iniciativa de las masas y la línea economicista que se basa en el predominio de la técnica. Al mismo tiempo, lo que se debate en realidad es el problema de las relaciones entre estructura y superestructura y el papel de la ideología en el desarrollo de las fuerzas productivas.

2. Práctica social, desarrollo de las fuerzas productivas y teoría marxista

Una de las grandes luchas en el frente ideológico durante la revolución cultural[4] tuvo como centro, precisamente, la cuestión de las relaciones entre estructura y superestructura que culminó con la denuncia de la teoría revisionista, que privilegiaba la técnica y negaba la lucha de clases en el campo de la economía. La tesis de Liu Shao Shi, típicamente mecanicista, señalaba que a una base económica dada corresponde fatalmente una superestructura. El énfasis estaba puesto en el desarrollo tecnocrático de las fuerzas productivas, excluyendo la gestión de masas y el trabajo ideológico. En los hechos se trataba de convertir al partido en un partido de la productividad, haciendo de la mecanización el motor de la construcción socialista. La línea revolucionaria sostenía, en cambio, que negar la movilización de masas es negar la mayor fuerza productiva. Negar el papel de la ideología significa negar el papel de la superestructura sobre la estructura. El desarrollo de las fuerzas productivas, de por sí, no garantiza la transformación de las relaciones de producción. Para terminar con las relaciones burguesas hay que terminar, al mismo tiempo, con las relaciones ideológicas burguesas. Lo esencial es la lucha de clases que modifica las relaciones entre los hombres y las fuerzas productivas. "La línea de Liu Shao Shi quiere que el pueblo se ocupe sólo del desarrollo de la economía, sin ocuparse de la lucha de clases, con el objeto de promover únicamente la mecanización, sin hacer avanzar la revolución. Las fuerzas productivas para ellos no son más que instrumentos y olvidan que las ideas justas se pueden transformar en fuerzas materiales" *(Pekín Informa,* setiembre de 1971). La forma de desarrollo de las fuerzas productivas está ligada a las relaciones de clase y está determinada por las representaciones, aspiraciones, ilusiones e ideas que son la presencia misma de esas clases. La transformación socialista de los medios de producción depende siempre de la lucha de clases: para los chinos, la política debe dirigir la economía y el trabajo ideológico debe tener prioridad sobre todas las otras formas del trabajo político. "La creación y divulgación de una teoría revolucionaria —escribe Mao Tse—tung— desempeña el papel principal en determinados momentos. Cuando el desarrollo de la base está obstaculizado por la superestructura, las transformaciones políticas y culturales pasan a ser lo principal y decisivo".

El énfasis puesto en la lucha ideo-

---

[4] Esta discusión está sintetizada en el trabajo "Tres grandes luchas en el frente filosófico en China", publicado en *Pekín Informa,* febrero de 1971.

lógica pone en cuestión, antes que nada, una lectura mecanicista del marxismo y fortalece la idea de la influencia de la ideología sobre la base económica. En este sentido, uno de los aportes centrales de Mao Tse–tung al desarrollo teórico del marxismo es su concepción de la práctica social que reordena dialécticamente la articulación entre estructura y superestructura. Para Mao la sociedad está dividida en tres prácticas fundamentales: la lucha en la producción, la lucha de clases, y la cultura y la experimentación científica.

Tres frentes en la lucha de clases, el proletariado se define en ellos en el interior de tres contradicciones, cada una de las cuales tiene su propia lógica y su propio tipo de resolución. Cada una de estas prácticas (economía, política, cultura) tiene, entonces, una forma específica y una inteligibilidad propia, definida a partir de la teoría de la contradicción, en el interior de la cual Mao piensa la vida entera de la sociedad. Lucha en la producción: contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción. Lucha de clases: contradicción entre el pueblo y sus enemigos. Lucha cultural: contradicción entre lo viejo y lo nuevo, la verdad y el error. Lo que las prácticas tienen en común es el aspecto principal de la contradicción: el concepto de "pueblo" decide en el juego de contradicciones. El pueblo (y no la técnica) es la mayor fuerza productiva. El pueblo (y no las armas) decide en la lucha de clases. La práctica de masas (y no el saber de una élite) es el único criterio de verdad. La práctica revolucionaria determina, de este modo, tres objetivos distintos, perseguidos con tres clases de medios por un mismo sujeto: el pueblo. A su vez, el concepto de pueblo no es una esencia, sino una noción política: "La noción de pueblo –escribe Mao Tse–tung– toma un sentido diferente según el país y según las etapas de la revolución"; depende del juego de alianzas y de la coyuntura concreta. De este modo, la articulación de las prácticas está resuelta, en última instancia, por la política que sobre la base del eje: Pueblo/enemigos define siempre el aspecto principal de la contradicción.[5] Cualquiera sea la forma de contradicción considerada, el aspecto decisivo es siempre buscado en el seno del pueblo, dentro de un debate definido como inverso a la coacción. En este sentido, la práctica de masas está siempre sobredeterminada por el trabajo ideológico, es decir: la liberación de la capacidad creadora de las masas depende, fundamentalmente, del trabajo teórico e ideológico que crea las condiciones políticas que garantizan la iniciativa revolucionaria. La construcción socialista se afirma en la apropiación de masas de los medios de producción[6] pero este proceso no está definido sólo por la eliminación de la propiedad jurídica: exige una transformación ideológica para que las masas se atrevan a ser protagonistas en todos los terrenos de la práctica social. Esto no es posible si las masas están atadas por ideologías que las paralizan, las dividen y permiten la reproducción de relaciones jerárquicas. "Unicamente la apropiación de los principios del marxismo leninismo por parte de obreros y campesinos –escribe Mao Tse–tung– podrá

---

5 En relación con esto, no es casual que la primera frase de las *Obras* de Mao Tse–tung, la que abre su reflexión sobre la estrategia revolucionaria, sea la pregunta: "¿Quiénes son nuestros enemigos y quienes son nuestros amigos? Esta es una cuestión de importancia primordial para la revolución". Pregunta que se renueva y se redefine en cada coyuntura, responderla significa definir el principio que ha de regir (y unificar) la práctica revolucionaria en todos los terrenos de la lucha de clases (militar, político, económico, ideológico, cultural, etc.). En este sentido habría que decir que todos los trabajos de Mao no son otra cosa que un modo de responder a esta *primera* pregunta.

Digamos, por otro lado, que "poner la política en el puesto de comando" no significa borrar la especificidad de cada práctica. Este ha sido otro de los núcleos en la crítica a Lin Piao, quien –siguiendo una tradición del marxismo dogmático– tendía a disolver la verdad particular de cada campo concreto en función de imperativos abstractamente "políticos". Para Mao, en cambio: "Las contradicciones cualitativamente distintas no pueden resolverse más que por métodos cualitativamente distintos. Resolver las contradicciones diferentes mediante métodos diferentes es un principio que los marxistas leninistas debemos observar rigurosamente".

6 En el campo de la escritura podemos encontrar un ejemplo de lo que los chinos llaman, la apropiación por parte de las masas de los medios de producción en todos los terrenos de la práctica social. Tradicionalmente, el lenguaje escrito funcionaba en China como un campo directamente ligado al poder de clase: los intelectuales manejaban 80.000 caracteres, el conjunto del pueblo alfabetizado no llegaba a los 3.000. Esta distribución desigual del lenguaje organizaba una rígida jerarquía social y política: para ocuper cualquier cargo público en la China tradicional era necesario rendir una serie de exámenes, uno de cuyos centros era este manejo altamente especializado del lenguaje. De este modo, la posesión de la escritura no era sólo una ventaja "espiritual" derivada de la división del trabajo, sino que definía una desigualdad material, sobre la base de una estructura jerarquizada, donde la cultura literaria era, en verdad, un capital (también) económico que regulaba el sistema social. El proceso de simplificación de los caracteres, que tiende a disolver la oposición clásica entre lengua hablada y escrita, unido al vasto plan de alfabetización trajo como primera consecuencia el acceso del pueblo a la escritura: esta zona de la práctica social, tradicionalmente vedada, comenzó a ser objeto de una apropiación por parte de las masas. Durante la revolución cultural el proceso se profundizó: en este sentido los dazibao no son otra cosa que la generalización de este uso social del lenguaje. En toda China los obreros y campesinos escriben en estos carteles murales textos de carácter diverso: panfletos políticos, historias de vida, relatos, poemas, opiniones sobre la producción, crítica a aspectos ideológicos, los dazibao pueden ser leídos como un gran texto social, anónimo, que por un lado se ha convertido en el motor de las mayores renovaciones en el lenguaje escrito, creando las condiciones para el desarrollo de la literatura revolucionaria. A la vez, esta escritura es el espacio desde el cual las masas significan el proceso revolucionario, discutiendo y señalando –en el lenguaje– su propia práctica.

7 En esta campaña se leen las principales obras del marxismo leninismo, entre ellas: *El manifiesto comunista, Las tesis sobre Feuerbach* y *La guerra civil en Francia* de Marx. El *Antidhüring* y *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado,* de Engels. *Materialismo y empiriocriticismo, El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* y *El estado y la revolución,* de Lenin y los ensayos de Mao sobre la práctica y sobre la contradicción. Estas obras han alcanzado ya un tiraje de 200 millones de ejemplares. Se dedican cuatro horas semanales de trabajo productivo a ésta tarea, aparte del estudio en horas libres. El estudio se organiza en grupos de trabajo organizados sobre la base de la relación que tienen sus miembros con la producción, (así, por ejemplo: en una comuna los integrantes de un "equipo de trabajo"; en una fábrica los obreros que comparten una misma línea de producción) entendiendo de este modo al trabajo teórico como una "continuación" de la práctica productiva. El método de estudio tiene como eje la exposición y el debate de los textos, ejemplificando los conceptos teóricos con problemas prácticos surgidos en la producción y con el debate de la coyuntura política.

garantizar el éxito a largo plazo de los programas económico, político y cultural".

En este marco se inscribe la campaña de masas de estudio del marxismo leninismo. En 1973, en todas las fábricas, comunas, barrios y escuelas, los obreros y campesinos estudian y discuten las obras principales del marxismo[7]. "En el estudio de las obras de Marx, Engels, Lenin y Mao Tse–tung –señala el responsable del trabajo ideológico en la fábrica metalúrgica nº 10 de Pekín– el centro está puesto en la lucha ideológica para enfrentar las supersticiones y los mitos, haciendo posible una actitud más libre y más creadora. Por ejemplo, este trabajo trajo como consecuencia que los obreros se atrevieran a participar más creadoramente en las renovaciones técnicas". El estudio de la teoría marxista permite, por un lado, sintetizar la práctica en la producción y a la vez crea las condiciones para que las masas se liberen de los fetiches ideológicos heredados de la división del trabajo. Esta es la base (resultado y condición previa) sobre la que se estructura el proceso de movilización de masas. La revolucionarización ideológica es la condición de la revolución en todos los terrenos de la práctica social. Las masas se movilizan, se organizan y se rebelan contra la opresión a partir de otra razón: el marxismo leninismo.

El objetivo central de este proceso es político: en el socialismo, como hemos visto, la lucha de clases toma formas nuevas, se enmascara. Es una experiencia común en la revolución cultural, la presencia en el aparato del estado y del partido de viejos revolucionarios, cuadros de origen obrero y campesino que tenían actitudes revisionistas y practicaban la línea capitalista. Por otro lado, en el enfrentamiento entre las dos líneas, los antagonistas se definen como marxistas y revolucionarios y es preciso profundizar la lucha ideológica, asegurar la apropiación de masas de la dialéctica materialista, para garantizar que en cada lugar los obreros y campesinos sean capaces de distinguir "los verdaderos de los falsos marxistas leninistas". Punto de partida y centro de este proceso es el concepto de posición de clase:[8] base de apoyo donde se resuelven las articulaciones de la actividad revolucionaria en todos los frentes de la lucha del pueblo, esta posición no es un simple lugar en la estructura productiva y no siempre depende del origen de clase. Proceso complejo, definido a la vez por la producción material, la lucha de clases y la teoría marxista, la posición de clase es el efecto de un doble trabajo de educación práctica en el seno del pueblo y en la ciencia del marxismo leninismo: ir a las masas, servir al pueblo, realizar trabajo productivo es para los intelectuales la condición de este punto de vista y a la vez su resultado. Por su lado, los obreros y campesinos deben ir a la teoría para elaborar su práctica de clase y librarse a sí mismos de los fetiches ideológicos afirmados en la división del trabajo. En este sentido, podríamos decir que la revolución cultural es un gran proceso de masas en el que, a través de la experiencia de la lucha de clases, la práctica productiva y el estudio del marxismo leninismo, se intenta fortalecer la posición de clase del proletariado en todos los terrenos de la sociedad. Revolución ideológica, revolución en la superestructura, la revolución cultural podría sintetizarse, así, en una consigna: "el proletariado debe dirigirlo todo". Asegurar esta dirección, fortalecer la dictadura del proletariado, es para los dirigentes chinos la única garantía del desarrollo socialista de los medios de producción.

3. Iniciativa de masas, espontaneidad y dirección revolucionaria

El proceso de crítica a las concepciones revisionistas, cuyo eje es la negación de los privilegios derivados de la división del trabajo, debe hacerse con las masas (y no administrativamente): por un lado porque la movilización de masas es el único modo de garantizar el éxito en esta lucha; por otro este proceso debe ser un proceso interno a las propias masas, es decir, un proceso donde al mismo tiempo se enfrenten, en la práctica, los mitos ideológicos presentes en las masas. Este es otro de los ejes que recorre toda la práctica revolucionaria en China: en 1927, Mao escribía: "Son los propios campesinos quienes instalaron los ídolos y ellos, cuando llegue el momento, los tirarán con sus propias manos: no es necesario que otros lo hagan en su lugar antes de tiempo. La política de propaganda del partido comunista a este respecto debe ser 'tensar el arco pero no disparar la flecha, indicando solamente la postura." En 1967, cuarenta años después, el criterio es el mismo: "En la gran revolución cultural proletaria sólo se puede adoptar el método de dejar que las masas se liberen a sí mismas y no el de manejar los asuntos en su nombre". En este sentido, la especificidad del trabajo ideológico tiene como base la persuasión y no la coerción: "No podemos abolir la religión –escribe Mao– obligar a la gente a que deseche el idealismo, obligarlos a aceptar el marxismo". Es necesaria la discusión y el trabajo de propaganda, pero a la vez es preciso evitar la desviación iluminista: no basta con difundir la teoría marxista; la verdad se verifica (se construye) en la práctica. Las masas se liberan a partir de su propia experiencia, partiendo de ella y elaborándola con los instrumentos de la teoría. La tarea de la dirección revolucionaria es la de crear las condiciones, definir los objetivos y dirigir el proceso sin sustituir a las masas. Las características particulares de esta definición del papel del partido dieron lugar a otro de los centros fundamentales de debate durante la revolución, cuyo eje fue la crítica al empirismo populista de la línea ultraizquierdista de Lin Piao. Para Lin Piao: "El movimiento natural de las masas es naturalmente revolucionario". La consecuencia de esta concepción fue desestimar el rol de la teoría revolucionaria y el papel

---

8 Mao Tse-tung recurre a cuatro instancias para pensar el problema de la relación entre conciencia y origen de clase. De este modo descentra una problemática resuelta tradicionalmente en el pensamiento marxista a partir de una relación dual (cuya primera formulación puede encontrarse en la división propuesta por Marx entre clase en sí y clase para sí). En este sentido, Mao distingue: 1.- El origen de clase, es decir, la clase a la que se pertenece por nacimiento o por el lugar que se ocupa en las relaciones de producción. 2.- La posición de clase: espacio problemático general, a partir del cual se define la práctica de clase. 3.- La actitud de clase: utilización concreta de la posición de clase en una problemática particular. 4.- El estudio de clase: los instrumentos de la teoría en tanto tienen por función producir la legitimación de la posición de clase. Para afirmar la posición de clase proletaria es necesario el estudio de "la ciencia del marxismo leninismo."

fundamental de la dirección política del partido en la construcción socialista. Para Mao Tse–tung: "Las masas son las protagonistas de la lucha revolucionaria, pero lo son y llegan a serlo *sólo* (subrayo yo) cuando en su seno se opera el germen del proceso dialéctico, el estímulo hacia lo nuevo representado por el partido y por la ideología revolucionaria". En esto Mao no hace más que aplicar al problema de la relación entre espontaneidad y conciencia la teoría del conocimiento formulada en 1937 en su texto *Sobre la práctica*. Así como la práctica inmediata (lo sensible de la experiencia) debe ser sintetizada y "trabajada" con los instrumentos de la teoría para producir los conceptos que definen lo que Lenin llamaba "la práctica consciente", del mismo modo el papel de la dirección revolucionaria es el de apoyarse y profundizar la práctica expontánea: momento diferenciado, a la vez interno y externo, su función específica es la de "resumir las ideas dispersas de las masas, sintetizarlas y llevarlas de nuevo a las masas para que las traduzcan en acción". El error espontaneísta (de matriz antileninista) es el de identificar el lugar de la conciencia revolucionaria con la lucha espontánea y no con la teoría marxista y el partido: por debajo subyace una visión voluntarista de la lucha de clases, apoyada en la ilusión de una expresión inmediata de las clases, sin mediación política ni ideológica. Se trata, de hecho, de una desviación economicista que confunde el momento social con el momento político de la lucha de clases.[9] Precisamente porque la sociedad socialista se funda en la práctica revolucionaria y no en un modelo ideal, es necesaria una vanguardia política que, sobre la base de un análisis científico de la realidad, sea capaz de definir en cada coyuntura el carácter de las contradicciones. Por otro lado, en la experiencia de la revolución cultural, Mao no deja en ningún momento el movimiento librado a sí mismo, sino que insiste siempre sobre el problema de la dirección, primero incitando a "abrir el fuego sobre el cuartel general de Liu Shao Shi", después construyendo su propio "cuartel general" (afirmado en el proletariado de Shangai, después de "la tormenta de enero" de 1968). Sobre el final de la revolución cultural, la crítica al espontaneísmo y al populismo empirista de Lin Piao viene justamente a fortalecer el papel de un partido renovado y radicalizado autocríticamente en el proceso revolucionario, como órgano de mediación entre la teoría marxista y la experiencia específica de las masas, como instrumento de dirección y guía del proceso histórico. "Esa dirección (para decirlo con palabras que Gramsci dedicara a los métodos de dirección de Lenin) había probado no ser abstracta, no consistía en la repetición mecánica de fórmulas teóricas; no confundía la política, la práctica real, con disquisiciones teóricas, se aplicaba a hombres reales, formados en determinadas relaciones históricas, con determinados sentimientos, modos de concebir, fragmentos de concepción del mundo, etc., que resultaba de la combinación espontánea de un determinado ambiente de producción material, con la casual aglomeración de elementos sociales dispares. Este elemento de espontaneidad no se descuidó ni se despreció; fue educado, depurado de todo elemento extraño para hacerlo homogéneo con la teoría marxista. Era ante todo la negación de que se tratara de algo arbitrario, artificial y no históricamente necesario. Daba a las masas una conciencia teórica de creadora de valores históricos e institucionales. Esta unidad de la espontaneidad y la dirección consciente es precisamente la acción política real de las masas populares en cuanto política de masas y no simple aventura de grupos que se limitan a apelar a las masas". Al mismo tiempo, reforzar la dirección del partido como elemento fundamental de la práctica revolucionaria, no significa que la organización revolucionaria esté por encima de la lucha de clases: justamente, la revolución cultural sometió al partido a una profunda crítica de masas por ser el lugar donde la lucha entre las dos líneas, es más aguda y definitiva.[10] Y esto porque para Mao Tse–tung el factor determinante de todo el proceso histórico revolucionario no es tanto la relación entre espontaneidad y dirección, entre partido y clase, sino la lucha de clases, entre esas "dos líneas, dos caminos, dos concepciones", es decir, entre el proletariado y la burguesía. Esta lucha recorre a la vez la superestructura y la infraestructura, las relaciones de producción y la ideología, el partido y el estado y también las masas populares (así, la burocratización aparece como un efecto de la lucha de clases y de la división del trabajo, de la escisión entre economía y política siendo, entonces, un efecto y no, como imagina cierta crítica trotskista, una causa del regreso al capitalismo).

En este sentido, la revolución cultural es, antes que nada, una reafirmación de la dictadura del proletariado y de la dirección del partido en la construcción socialista: la apropiación por parte de las masas de la teoría marxista, como elemento de transformación revolucionaria, y la definición del terreno ideológico como el espacio privilegiado de la lucha de clases en el socialismo, no hacen más que definir, en última instancia, a la espontaneidad como la sobrevivencia inerte de concepciones burguesas que a la larga no tienen otro efecto que el de desarmar política y teóricamente a las masas, dividirlas y enfrentarlas, creando el campo natural para la influencia de las ideas revisionistas y burguesas. O dicho de otro modo: no es posible confundir la iniciativa de las masas y su movilización revolucionaria en todos los terrenos de la práctica social con un proceso espontáneo: en esta *diferencia* (donde se encuentra el centro de la crítica a Lin Piao) está también presente la lucha "entre las dos líneas, los dos caminos, las dos clases".

---

9 En relación con esto, otro de los saldos de la revolución cultural ha sido la reafirmación de la dirección del partido sobre los comités revolucionarios. Estos comités son organismos de expresión directa de las masas que actualmente se subordinan a la dirección política e ideológica del partido, si bien mantienen su rol de gestión revolucionaria en los lugares de producción.

10 Los chinos hablan de diez grandes luchas de líneas en la historia del partido: estas luchas han sido siempre, de hecho, pequeñas revoluciones culturales. Basta detenerse en los textos de Mao que acompañaron la campaña de rectificación de 1942 *(Rectifiquemos el estilo de trabajo en el partido, Contra el estilo de cliché* y las *Charlas en el foro de Yenan)* para encontrar el aporte teórico de la revolución cultural. En este sentido, habría que decir que la revolución cultural es una gran campaña de rectificación del estilo de trabajo en el partido, realizada en el seno de las masas (y no ya únicamente entre los cuadros y con los militantes).